

Schafiroff iba investido de plenos poderes para ofrecer al Visir un regalo de 150,000 rublos, y sumas proporcionales a otros dignatarios según su jerarquía.

Pocas noticias han llegado a nosotros del total de las negociaciones que duraron dos días. Nada sabemos de si se habló en ellas de las provincias suecas y de su devolución, según afirman las relaciones de origen moldavo. También debemos poner en cuarentena la relación, infinitas veces repetida, que Catalina contrajo el principal mérito tratando de seducir al Visir (1). Sin embargo, es más que verosímil que el oro ruso hiciera en este asunto un gran papel. El delegado diplomático ruso Schafiroff consiguió su objeto con una brevedad relativa. El 11 de julio recibió del Czar plenos e ilimitados poderes, y el mismo día dió cuenta al Czar de las condiciones de paz que se habían acordado. El 12 de julio se firmó el tratado, con arreglo al cual los rusos se obligaban a devolver a Azof en el estado en que se hallaba esta plaza al ser tomada; se comprometieron asimismo a demoler a Taganrog y otras fortalezas, a renunciar a mezclarse en los asuntos de Polonia, y a dejar libre el paso al rey de Suecia. Con esto el ejército ruso podía retirarse libremente. Schafiroff y el hijo de Scheremetyeff debían quedar en rehenes en Turquía, hasta que se cumplieren al pie de la letra las condiciones acordadas en el tratado de paz.

No fueron necesarios mayores sacrificios para poner término a esta peligrosa crisis. Las conquistas hechas en la guerra con Suecia quedaron completamente intactas; y se consideró como una maravilla el poder salvarse a tan bajo precio. Un extranjero que se hallaba en el ejército ruso escribía diciendo: «Si alguien hubiera dicho en la mañana del 12 de julio que la paz iba a hacerse bajo estas condiciones se le hubiera tenido por loco. Al comenzar las negociaciones preliminares de la paz, manifestó Scheremetyeff, que el que había aconsejado al Czar dar este paso, debía ser considerado como el hombre más insensato del mundo, pero que si el Visir accedía a entrar en negociaciones, aventuraria en locura al más insensato de todos los hombres» (2).

Pedro se había familiarizado con la victoria, y por lo mismo se le hizo insoportable esta humillación. Escribió a Apraxin, y después de darle cuenta de los sucesos de los últimos días, le manifestaba que no le gustaba en manera alguna «tener que entrar en semejante materia.» En pocas palabras le indicó las condiciones de la paz y luego añadía: «así ha terminado la fiesta, en que se trataba la cuestión de vida ó muerte. Las cosas quedan así, y aun cuando es muy sensible perder estas plazas, que tantos sacrificios y tanto dinero nos costaron, todavía esta pérdida nos hace más fuertes por otro lado, que tiene una importancia mucho mayor.»

Como se ve, Pedro consideraba como punto de mayor importancia para su imperio la parte del Noroeste. Las conquistas en Oriente tenían para él menos importancia que el fortificar la posición que Rusia había tomado en frente de Europa. Menschikoff, insistiendo en estas ideas, escribió al Czar desde San Petersburgo diciéndole, que era una felicidad el que se hubiera acabado una guerra, que de continuar más tiempo, hubiera puesto en peligro la posesión tranquila de la nueva capital; que las plazas que a la sazón se habían perdido en el Sur volverían a conquistarse andando el tiempo y que esta pérdida estaba doblemente compensada, toda vez que quedaba a salvo «la que era incomparablemente más ventajosa,» San Petersburgo. Menschikoff

(1) Véase en particular a Villebois, *Memoires*, en la *Revue retrospective*, 3.^a serie, París 1838; Andreieff en su disertación *Catalina I en el Magasin* El siglo XVIII, III, 11 (Moscou 1869).

(2) *Memoires du comte de Sion*, I, 91, en Ssolowieff, XVI, 93.

añade para terminar: la residencia «en este paraíso» trocará la amargura del Czar, en «dulzura.»

Pedro volvió con su ejército a Rusia, sin obstáculos de ningún género. La cuestión estaba en si el tratado de paz se cumpliría lealmente tanto por parte de los rusos como de los turcos. Por de pronto Carlos XII era un obstáculo para el cumplimiento del tratado, pues se comprende fácilmente que estuviera muy descontento. Su tardanza en abandonar el territorio, dió pretexto al Czar para hacerse también moroso en la devolución de Azof. Schafiroff y el joven Scheremetyeff, que se hallaban como rehenes en poder de los turcos, estaban en mala situación. Por una carta de Pedro a Apraxin, fechada el 19 de setiembre, se ve lo mucho que costaba al Czar devolver a Azof. Decía en la carta que era preciso hacer definitivamente las paces con Turquía, pero que había que aguardar hasta el alejamiento de Carlos. También ordenó que se dismantelara la fortaleza de Taganrog, dejando en pie los cimientos para que después, en circunstancias propicias, se reconstruyese con menos trabajo. En otra carta a Apraxin le mandó levantar planos y croquis de la fortaleza de Azof, tomando cuidadosamente todas las dimensiones para el caso de tener que abandonar la plaza.

Entre tanto los dignatarios turcos tuvieron que sufrir las consecuencias de la paz; pues los enemigos del Visir hicieron llegar a oídos del Sultan, que para concluir el tratado, habían llegado al campamento turco carros cargados de oro que habían enviado los rusos. A consecuencia de esta noticia Baltadschi fué desterrado a Lemnos, y varios dignatarios, que habían intervenido en la celebración de la paz, sufrieron la última pena (3).

La situación era amenazadora, y como la permanencia de las tropas rusas en Azof excitaba la indignación de los turcos, se declaró de nuevo la guerra. Schafiroff necesitó desplegar toda su habilidad diplomática para que no se llegara al extremo, y en su carta al Czar se quejó con insistencia de las intrigas del embajador francés, el cual no cesaba de proceder de acuerdo con Suecia y de excitar a la Puerta a que rompiera con Rusia. Los turcos llegaron hasta pedir como garantía de las intenciones pacíficas de los rusos la cesión de una parte de la Pequeña Rusia. Pedro tuvo que ceder: Azof fué entregada y Taganrog dismantelada. Así las cosas, se firmó el tratado de paz definitivo en Andrinópolis el 24 de junio de 1713, mediando al efecto los representantes de Holanda é Inglaterra (4).

Los eslavos meridionales y los cristianos de los Balkanes aliados de Rusia tuvieron que padecer mucho. No sin razón había suplicado Kantemir al Czar que no hiciera las paces; pues él mismo en unión de muchos moldavos tuvo que trasladar su residencia a Rusia y su país fué devastado a sangre y fuego.

Los montenegrinos, excitados por el metropolitano Danilo y por Miloradowitz, habían roto las hostilidades contra los turcos, en unión de los servios que habitaban en las cercanías. En esto llegó la noticia de haberse celebrado la paz en el Pruth, y los montenegrinos por su parte hicieron la paz con los turcos. A partir de esta fecha las relaciones entre aquellos y Rusia tomaron consistencia, y en las canciones heroicas fué celebrado Pedro por los montenegrinos. El año 1715 llegó a San Petersburgo el metropolitano Danilo a pedir auxilios para la guerra contra Turquía y recibió una suma de dinero, gran número de retratos del Czar y manifiestos de éste para los habitantes del Montenegro.

Los griegos no habían tenido participación inmediata en

(3) Hammer, según documentos de origen turco, VII, 160-161.

(4) Véanse muchos detalles sobre estas negociaciones en las cartas de Schafiroff y de Tolstoi copiadas por Ssolowieff, XVI, 104-129.

estos sucesos, pero el giro que había tomado la guerra de Oriente les impresionó dolorosamente. Un griego de Atenas, que marchaba por el camino de Wolfenböttel en dirección a la península de los Balkanes, al llegar a Viena supo el desastre sufrido por el Czar. Había querido alistar por su cuenta un cuerpo de unos 1,000 voluntarios griegos para ir a la guerra contra los turcos, y se quedó como anonadado al saber lo ocurrido, añadiendo que en tal caso todos los griegos que habían puesto su esperanza en el Czar, estaban perdidos.

El Czar había declarado que después, cuando se presentara la ocasión, podrían repararse las pérdidas últimamente sufridas; que él quizá no viviría hasta la reconquista de Azof ni para hacer ulteriores adquisiciones en el Sur; pero las relaciones iniciadas con los cristianos de los Balkanes habían de hacerse estables en su tiempo. Gran número de moldavos, válacos y servios entraron al servicio de Rusia. Kantemir y los que le siguieron representaron un papel muy importante en aquel país. Tomás Cantacuzeno, como general ruso, contribuyó en gran manera a arraigar las relaciones con los eslavos del Sur, los rumanos y los griegos, y la solidaridad de Rusia con estos pueblos quedó establecida de un modo permanente. La cuestión eslava planteada desde los tiempos de Jury Krishanitz entró en una nueva fase en la época de Pedro, y debía ir ganando importancia siempre creciente cuando se trataba de resolver la cuestión oriental. Correspondiendo a las intenciones de aquel publicista ruso de mediados del siglo XVII, los eslavos dirigieron sus miradas al Czar y le pidieron auxilio; pero en aquella ocasión no pudo ayudarles. Jury Krishanitz excitó al czar Alejo a cuidarse ante todo del desarrollo moral é intelectual de los eslavos, y en este sentido se hizo algo en los últimos años del reinado de Pedro. Después de celebrada la paz de Rystad, el arzobispo servio Moisés Petrowitz llegó a Rusia con objeto de felicitar al Czar, a quien dió el nombre de nuevo Tolomeo, y le rogó se dignara enviar maestros y libros a los países eslavos, viniendo a ser por este medio un apóstol de aquellos pueblos. Pedro envió libros espirituales para veinte iglesias, 400 abecedarios, 100 gramáticas y dos maestros, a quienes pagaba.

A manera de episodio, como un intermedio que casualmente interrumpe el sistema de la política de Pedro en el Báltico, aparece la guerra turca del año 1711 en la historia de la política exterior de Rusia durante la guerra del Norte. Pedro, comenzó su carrera en el terreno de la política exterior con la cuestión oriental. Había adquirido a Azof, y aspirado a lograr la libre navegación del Ponto (mar Negro). Después de la crisis del Pruth, pudo parecer que las conquistas del Sur, llevadas a cabo en los años de aprendizaje de Pedro, habían sido inútiles. Mientras sentaba su pie cada vez con más fuerza en el mar Báltico, mientras el poder de Rusia penetraba como una cuña en lo más hondo de las relaciones con la Europa occidental a consecuencia de las ventajas obtenidas en la guerra con Suecia, perdía Pedro en el Sur los puntos de la costa a cuya adquisición y sostenimiento había dado tanta importancia. Y sin embargo, fueron incalculables las ventajas en poder é influencia que obtuvo el Czar en esta guerra, que le ocasionó la sensible pérdida de Azof; pues a pesar del desastre conservó su aureola entre los cristianos de los Balkanes. A la importancia diplomática que Pedro alcanzó en el Occidente de Europa merced a sus victorias, y la cual en unión de las conquistas territoriales de la guerra del Norte fué considerada como el resultado más importante de la misma guerra, correspondió en el Sur la extensa red de activas relaciones de Rusia con los que, correligionarios y oriundos de la misma estirpe, gemían bajo el yugo turco, y hasta con los avasallados por el cetro austriaco.

Por primera vez levantó Pedro con decisión y heroísmo la bandera de la religión y de la nacionalidad en la lucha con la Puerta: desde entonces esta solidaridad de Rusia y de los cristianos de los Balkanes, vino a ser una arma útil que en cada nueva guerra contra Turquía había de ser más temible que las escuadras y los ejércitos rusos.

CAPITULO IV

RELACIONES CON ASIA

La posición media ocupada por Rusia entre el Oriente y el Occidente, obligó al Czar a hacer inauditos esfuerzos por dirigir un ataque contra Turquía, aun en medio del calor de la guerra con Suecia. Repetidas veces llamó también la atención de Pedro el Oriente asiático. Aun antes de la paz del Norte revolvía en su mente vastos proyectos relativos al Oriente. Consideraba preciso cumplir la misión de implantar dentro del Asia la cultura europea a la sazón adquirida y la que con el tiempo se fuese adquiriendo, pagar la deuda contraída con la Europa occidental por el donativo de superior civilización hecho por ella, comunicando al Oriente prehistórico las ventajas de los adelantos y ciencias de Europa. Rusia debía penetrar al interior de Asia para asegurar los resultados obtenidos en sus relaciones con Europa. El dominio de varios territorios situados al Este parecía cosa necesaria para poder cerrar las muchas puertas que estaban francas a los pueblos nómadas de Asia. Sin la posesión por parte de Europa de aquellas entradas de Asia a Rusia, podía esta transformarse de nuevo en territorio semi-asiático. Ya que Rusia había seguido las enseñanzas de Europa, debía desde luego poner una barrera a las futuras invasiones de los bárbaros de Asia, así como avanzar hacia el Oriente sirviendo de vanguardia a la civilización europea, y ambas cosas intentó Pedro con el mayor éxito.

Quando Ivan IV tomó a Kasan y Astrakan, dijeron los nogais del Sudeste de Rusia: Si el Czar se mezcla en nuestros asuntos, estamos todos perdidos. Él ha conquistado todo el Volga hasta su embocadura. Se apoderará también de todo el Ural, de Schemaja, de Derbent, y todos nosotros vendremos a ser sus vasallos. Nuestros libros dicen que todos los príncipes del islam se someterán algún día al Czar de Rusia. Entonces los Khanes de Sciva y de Bukara trabaron relaciones diplomáticas con Rusia para asegurar sus negocios comerciales, y ya comenzaron también algunos príncipes del Cáucaso a designar al Czar como árbitro en las luchas que tenían entre sí. En tiempo del czar Boris se presentó un ejército ruso en el Cáucaso, pero encontró allí su ruina. No pocas veces aparecieron diplomáticos rusos en el Cáucaso durante el siglo XVII, y representaron cierto papel en las infinitas pequeñas guerras promovidas entre los príncipes de Kaketia, Imeretia, Grusia y Karthalinia. También los embajadores de estos príncipes se presentaron en Moscou desde mediados del siglo XVII a pedir auxilio contra Persia. El príncipe de Kaketia mandó a decir al czar Alejo por medio de sus embajadores que, ya que el Czar había ayudado a los habitantes de la Pequeña Rusia en la guerra sostenida por estos contra Polonia, debía asimismo auxiliar al príncipe de Kaketia.

Pasó mucho tiempo sin que se viniera a parar a un conflicto con Persia por causa de los príncipes caucásicos: los intereses comerciales de Rusia hacían desear el sostenimiento de la paz en el Sudeste. En Rusia, lo mismo que en la Europa occidental, se daba mucha importancia a la vía co-

mercantil que conducía hasta el interior del Asia. Casi todos los Estados europeos procuraron asegurar por medio de tratados con el Czar sus intereses comerciales en el Oriente, é hicieron esfuerzos, sobre todo, por monopolizar el comercio con Persia pasando por Rusia. El mar Caspio fué el objeto que atrajo la atención general. En tiempos del czar Ivan IV, el intrépido é infatigable viajero inglés Jenkinson, que estaba al servicio de una sociedad comercial inglesa, emprendió algunos viajes á la Bukaria y Persia atravesando el mar Caspio. Algunos años despues pasó por aquellas regiones una expedición diplomática de Holstein, de la que formaba parte Olearius. Poco despues Jury Krishanitz llamó la atención sobre la ventajosa posición geográfica de Rusia para el comercio de tránsito entre Europa y Asia, y manifestó el deseo de que se protegiesen los intereses comerciales de Rusia en la Bukaria, Shiva y Persia; creía que Rusia debía representar el papel de mediadora en el comercio entre los habitantes del Asia central, los persas, kalmucos, bukaros y chinos por una parte, y los europeos occidentales por otra; expresó también la esperanza de que el mar Caspio vendría á estar un día cubierto de buques rusos. Deseaba ver cerrados á la navegación rusa los ríos de Siberia, y pedía la construcción de un fuerte á orillas del Irtisch que protegiese el comercio en el Nordeste; suponía también Krishanitz que, por conducto de los bukaros y kalmucos, podrían trasportarse á Rusia mercancías de la India, como algodón, seda y plantas aromáticas; insistía en que el Czar debía ser dueño de las costas del mar Caspio y decía que por medio de su escuadra podría hacerse señor y dominador de este mar, lo mismo que los venecianos habían logrado dominar en el mar Adriático; recomendaba finalmente el establecimiento de consulados rusos en Ispahan y en las ciudades del Asia central. Todo esto pasaba algunos decenios antes del advenimiento de Pedro.

No podía menos de suceder que el Czar siguiera el camino señalado en estos planes, aun cuando no hubieran llegado á su conocimiento los escritos de Krishanitz. El burgo-maestre de Amsterdam, Nicolás Witsen, le había llamado ya la atención en el año 1691 por conducto del residente holandés en Moscou, sobre la importancia del comercio con China, Persia, etc... y le había ofrecido sus consejos y su cooperación para tales empresas. En el año 1692 se llevó á cabo el importantísimo viaje á la China del dinamarqués Isbrand con el objeto de conocer aquel país. El inglés Juan Perry, uno de los más hábiles colaboradores de Pedro en la construcción de buques y canales, hizo del mar Caspio el objeto de sus importantísimos estudios físico-geográficos. Ya hacía algunos años que había relaciones comerciales con Armenia y Persia, durante las cuales Astrakan tenía la misma importancia que despues tuvo Nertschinsk en el comercio con China.

Con motivo de la conquista de Siberia, se pusieron los rusos en contacto con China en el transcurso del siglo xvii. Todavía en el año 1616 se dijo al embajador inglés en Moscou, que nada se sabía de China, aunque por entonces se habían enviado ya repetidas veces mensajeros y exploradores rusos á aquel país. A fines del siglo xvii se edificó una iglesia rusa en Pekín y el Czar en carta dirigida á Winio el año 1698 le aconsejaba que fuese todo lo previsor posible en sus relaciones con los chinos y con los jesuitas, porque de lo contrario podrían peligrar los intereses ruso-cristianos en el imperio del Centro.

Las caravanas rusas iban de un modo normal á China y Pedro tuvo ocasión de congraciarse con el emperador de aquel imperio, enviándole un médico inglés; pero en general la influencia de los jesuitas en la China fué perjudicial á los rusos. En el año 1719 fué á aquel país Ismailoff en calidad

de embajador de Rusia, y los jesuitas supieron contrarrestar los esfuerzos de aquella embajada (1), que no pudo contar allí con resultados de importancia.

Mucho más se podía lograr en el Sudeste y por esto se procedió á la exploración de las costas del mar Caspio.

En el año 1699 se dirigió una expedición con este objeto, pero fracasó, porque el dinamarqués Scheltrup, á quien se había encargado que hiciese una carta marítima del mar Caspio, cayó en seguida prisionero de los persas y murió de fiebre. También se hace mención en los documentos de una expedición realizada por otros en los años 1699-1704, pero sin que sepamos de ella nada positivo.

El interés por estas comarcas subió de punto á consecuencia de la desastrosa campaña del Pruth. El mar Caspio debía servir de compensación, durante el tiempo en que nada hubiese que esperar respecto del mar Negro. La extensión del comercio con Persia, y la seguridad de las caravanas comerciales rusas, que estaban con mucha frecuencia expuestas al peligro de ser robadas por los bandidos en el camino de Persia y del Asia central, debían ser ante todo la empresa de aquel tiempo. En el año 1712 causó daños de consideración al comercio ruso-persa la insurrección de los legos. A esto siguió el envío á Persia en 1715 del embajador ruso, Artemy Wolynsky, el cual llevaba la misión de estrechar las relaciones comerciales, estudiar los productos del país y sus necesidades, é interesarse por el comercio con la India.

En el año 1713 un turcomano, que llegó á Astrakan, presentó un proyecto, con arreglo al cual el Czar debía apoderarse de las regiones situadas en la cuenca del Amu, donde se encuentran arenas de oro; restablecer la antigua desembocadura del Amu-Daria en el mar Caspio que había sido desviada artificialmente por los chiwines y luego tomar posesión de aquella comarca construyendo al efecto una fortaleza (2). Alejandro Bekowitz, príncipe cherkes ó por mejor decir kabardino, que vivía en Petersburgo, se entusiasmó con estas atrevidas proposiciones. Pedro prosiguió este plan durante varios años, cuyo objeto era abrir para Rusia una vía comercial á la India que pasase por el Amu. Bekowitz debía ponerse al frente de una expedición enviada á Shiva. En mayo de 1714 apareció un ukase del Czar dirigido al Senado, referente al envío de esta embajada, y las instrucciones que llevaba fueron escritas por el mismo Pedro. Según ellas se invitaba al Khan de Shiva á que reconociese la supremacía de Rusia, haciendo esta extensiva al Khan de Bukara. Un pequeño ejército de 4,000 hombres y cierto número de oficiales de marina é ingenieros acompañaron á Bekowitz, pero toda la expedición pereció; pues el Khan de Shiva, que había concebido sospechas de que no se trataba de una embajada, sino de una expedición militar, propuso traidoramente al príncipe Bekowitz fraccionar sus tropas en pequeños grupos y de este modo le fué fácil sorprenderlos y hacerlos prisioneros. Bekowitz fué asesinado en 1717. Los pequeños fuertes que los rusos habían erigido en el mar Caspio no se pudieron conservar (3). Fué una miserable satisfacción la que

(1) Véase De Baer, méritos de Pedro el Grande en la propagación de los conocimientos geográficos, en las Memorias para el conocimiento del imperio ruso, XVI, 12-32 (San Petersburgo 1872).

(2) Esta cuestión vuelve á estar actualmente á la orden del día; véase el excelente folleto que se ocupa en la historia de este asunto; «Amu y Usboi», Ssamara 1879 (en ruso).

(3) Véase Baer, págs. 175-281. Ssolowieff, XVIII, 7-13. Baer examina la cuestión de si por parte de Pedro pudo ser una simpleza el pretender de los kanes de Shiva y Bukaria la sumisión á Rusia, y niega tal candidez fundándose en precedentes, según los cuales estos príncipes habían ofrecido su vasallaje. Asimismo Pedro les propuso que aceptaran su soberanía, añadiendo que se comprometía á ayudarles contra sus enemigos interiores, y si lo deseaban, darles guardias para sus personas.

tomó Rusia el año 1720 en cambio de esta catástrofe, dejando morir en la cárcel al embajador de Shiva, que fué reducido á prisión tan luego como llegó á Rusia. Las relaciones quedaron por esto muy tirantes. El año 1722, un cosaco ruso que se escapó de Shiva refirió que el Khan había hecho pedazos una carta que había recibido del Czar de Rusia, y entregado los pedazos á los niños para que jugaran con ellos.

La extensión de las fronteras rusas hacia el Este era solo cuestión de tiempo, pues desde luego se comprende que los cuasi Estados y pueblos de bandoleros, turcomanos, sartos, kalmucos, etc... vendrían á ser vasallos de Rusia, como lo eran ya otros muchos «pueblos extranjeros»; pero únicamente á fuerza de tiempo pudo llegarse á la asimilación de estos elementos incapaces de formar Estado y la lucha con ellos continúa todavía en la actualidad. A la sazón no había ningún Estado poderoso á espaldas de estos pueblos, cuyo choque con Rusia fuese de temer.

Lo contrario sucedía en el Sur, donde si Rusia tomaba interés por los pequeños Estados de Armenia ó del Cáucaso, podía verse fácilmente envuelta en un conflicto con Persia y con la Puerta. Estos asuntos ocuparon vivamente al Czar durante los últimos años de su reinado y dieron por resultado las campañas de Persia.

Las cuadrillas de cosacos y ladrones que moraban en Rusia, habían llevado algunas veces sus empresas facinerosas hasta Persia en el transcurso del siglo xvii, como por ejemplo Stenka Rasin durante el reinado de Alejo, y otras veces se mostraron dispuestas á reconocer la supremacía del Schah de Persia, como v. gr. Saruzky en los primeros años del reinado de Miguel. Entre tanto las relaciones entre Persia y Rusia siguieron siendo amistosas: solo algunas veces esta última potencia recibió quejas de la primera sobre la grosería de los embajadores rusos, y sobre el bandolerismo de los cosacos, los cuales devastaban las costas de Ghiland y Mazanderan.

Las relaciones de Rusia con Grusia y otras comarcas del Cáucaso podían fácilmente crear una actitud hostil entre el Czar y el Schah. En el año 1701 escribía Pleyer diciendo que había sabido por noticias de buen origen que Pedro había pedido á Persia la cesión de la provincia de Ghiland, porque tanto necesitaba los buenos puertos que en ella había, como las excelentes maderas que allí se criaban para emplearlas en la construcción de buques. Corría el rumor de que se estaba equipando una escuadra en Astrakan destinada á una campaña contra Persia. El embajador de Persia en Moscou era tratado de muy mala manera.

Pedro ponía gran atención en el comercio con Persia, y los comerciantes armenios que servían de intermediarios en este negocio eran tratados con grandes consideraciones. Hemos visto ya que los armenios pidieron la intervención de Pedro para que los libertase del yugo persa. La conversión del mar Caspio en lago de Rusia y la explotación de los ricos terrenos de las costas al Sur de este mar eran muy apetecibles.

En este sentido son muy importantes las instrucciones que el Czar dió á Wolynsky, antes de marchar á Persia en calidad de embajador (1715). De su propia mano escribió el Czar estas instrucciones encargando á su enviado que al atravesar por Ghiland, estudiase de un modo especial esta provincia, y procurase enterarse de su orografía, ejecutando esto, sin embargo, de tal modo, que estos estudios del terreno no llamasen la atención de nadie: Wolynsky llevaba también la misión de averiguar las fuerzas militares, el número y estado de las fortalezas de Persia, ponerse al corriente de las relaciones entre esta potencia y Turquía, y, cuando fuese

posible, intimar con las personas del séquito del Schah valiéndose al efecto del soborno; finalmente debía tratar de dar un giro favorable para Rusia al comercio persa, inclinar á los armenios hacia Rusia por medio de regalos y buenas palabras, y reunir datos sobre su número, sus relaciones y su carácter.

Túvose noticia en Persia de la expedición enviada por Pedro á Shiva, noticia que fué recibida con indignación. Cuando Wolynsky, tras largo y peligroso viaje, llegó á Ispahan, en la primavera de 1717, fué muy mal recibido, pues le pusieron en una especie de prisión, y muy pronto le exigieron que regresase á su patria; pero Wolynsky, diplomático extraordinariamente hábil, supo arreglarlo de tal modo, que le consintieron que se quedara. En las relaciones que envió al Czar pintó la situación de Persia, mostrando que aquel país se hallaba en el más deplorable estado; que el Schah era completamente incapaz y reinaba la anarquía en el gobierno y en la administración: que Alejandro Magno con sus guerras, no había devastado y asolado á Persia, tanto como lo habían hecho sus malos gobiernos; que por todas partes estallaban insurrecciones y reinaba la más espantosa miseria. Wolynsky terminaba haciendo notar que era preciso aprovechar estas circunstancias, pues que con un pequeño ejército podría fácilmente conquistarse una gran parte del imperio persa, é incorporarla á Rusia, y que no se encontraría ocasión más propicia para tal guerra.

Como no se había ajustado aun la paz con Suecia, fué preciso aguardar. Entre tanto Wolynsky regresó á Rusia, despues de haber celebrado con Persia un tratado de comercio y pasado el invierno en Schemaja, donde el jefe del ejército persa, llamado Forsedan-Bek, antiguo cristiano que se había convertido al islamismo, le visitó y le manifestó la sospecha de que quisiera apoderarse de Schemaja por un golpe de mano; contóle además que las tropas en Persia no cobraban sus haberes, por cuya razón se negaban á hacer el servicio; y añadió que el Schah había enviado un espléndido regalo al Khan de Shiva como recompensa por el asesinato de Bekowitz. Wolynsky supo asimismo en Schemaja, que en el imperio persa se esperaba á cada momento un ataque por parte de Rusia, explicándose de este modo la noticia que corrió en el año 1718 de que un ejército de 80,000 hombres acampado cerca de Astrakan y una escuadra compuesta de algunos centenares de buques estaban dispuestos para comenzar la campaña. El Khan de Schemaja parecía contar con la llegada de los rusos, é inclinarse á abandonar al Schah.

El año 1720 recibió Wolynsky el nombramiento de gobernador de Astrakan, y en las instrucciones que se le dieron encontramos medidas relativas á la guerra ya inminente con Persia. Cuando en setiembre de 1720 salió con dirección á Persia un nuevo embajador llamado Baskakoff, recibió el encargo de averiguar si podría marchar bien un ejército por cerca de Schemaja, Apscheron y el río Kura; si se podría contar con abundante forraje para la caballería, etc. Al propio tiempo Wolynsky no se descuidó en persuadir al Czar á que hiciese la guerra contra Persia. En agosto de 1721 anunció que el príncipe de Grusia pedía que el Czar protegiese á los cristianos y atacase á Persia; que era muy fácil apoderarse de Derbent y de Schemaja; que en Grusia se tenía la idea de que la triste situación del imperio persa ofrecía la coyuntura más propicia para declarar la guerra; que Wachtang, Czar de Karthalinia, se ofrecía á poner en pie de guerra un cuerpo auxiliar de 40,000 hombres y marchar á su cabeza sobre Ispahan y designaba á los persas con el nombre de «viejas». Wolynsky daba la voz de alerta respecto á los otros príncipes caucásicos, de quienes, á pesar de las buenas palabras que habían dado, se debía desconfiar, pues sabía que si se aliaban era para hacer un doble juego. Por

fin le sirvió de pretexto el saqueo de Schemaja llevado á cabo por los bandoleros del Cáucaso, en el cual sufrieron daños de consideración los comerciantes rusos, para decidir al Czar á que declarase la guerra, exponiéndole que á la sazón existía un *casus belli* con todas las circunstancias que se podían desear, y que no se necesitaba un gran ejército, sino abundantes municiones y víveres.

Pedro se conformó con estas ideas. Túvose noticias de nuevas rebeliones en Persia, y en consecuencia se trató de aprovechar la anarquía que reinaba en aquel país y emprender la ejecución de un plan decisivo. En la primavera de 1722, Pedro, en compañía de su esposa, de Pedro Tolstoi y de Apraxin, se puso en camino y se presentó en el verano con una respetable escuadra en el mar Caspio. En todos los puntos á donde llegaba procuraba enterarse de las circunstancias geográficas del Cáucaso, de Persia y del Asia central, conversando al efecto reservadamente con personas que conocían aquellas comarcas.

Tan pronto como se supo que el Czar había llegado á las costas caucásicas, se le presentaron los jefes de varias ciudades y le rindieron vasallaje. La ciudad de Tarku se distinguió especialmente en solemnizar el recibimiento hecho al Czar y á la Czarina. Pedro declaró que no quería propiamente hacer la guerra á Persia, sino castigar á los ladrones que tantos perjuicios habían causado á los comerciantes rusos; que estaba dispuesto á limpiar el país de rebeldes y proteger al Schah contra ellos, y que solo pedía la cesión de las provincias persas situadas en las costas del mar Caspio. Recomendó eficazmente á sus tropas que guardasen las mayores consideraciones á los habitantes de todas las provincias persas por donde pasaran, y entre tanto, principió la campaña en regla.

El ejército se componía de 106,000 hombres, parte de los cuales habían ido por agua á bordo de 442 barcos. En la marcha sobre Derbent hubo necesidad de pelear, rindiéndose la ciudad el 23 de agosto. El Czar escribió á Romodanowsky una relación detallada, y se congratuló con su amigo «por haber tomado posesión de aquellas regiones con la ayuda de Dios.» Los senadores anunciaron que habían bebido á la salud del Czar y que éste seguía las huellas de Alejandro Magno.

Entonces empezó á tropezarse con dificultades para la campaña. Las tempestades causaron grandes daños en los barcos que llevaban las provisiones, viniendo á perderse gran cantidad de víveres. Los caballos morían á centenares, llegando á perecer en una sola noche nada menos que 1700, según escribió el mismo Pedro al Senado el 16 de octubre de 1722. El Czar entre tanto echó los cimientos para construir sobre el río Ssulak un fuerte ruso que debía llevar el nombre de «Santa Cruz»; pero el plan de ir á Schemaja y desde este punto á Tiflis hubo de aplazarse por el momento. El Czar entregó el mando superior al general Matyuskin y regresó á Rusia. En Astrakan, donde una enfermedad le retuvo sin salir de su habitación durante algunos días, elaboró un plan detallado de la próxima campaña que se había de efectuar en Persia, según el cual se debía intentar apoderarse de las provincias situadas al Sur del mar Caspio. El Czar creía que sus tropas, tratando amistosa y benévolamente á los habitantes de aquellas comarcas, podrían avanzar hasta Rescht sin desvanecer la espada, y una vez allí recoger noticias exactas de todas las producciones de la provincia turca de Ghiland y de la suma á que ascendía lo que se sacaba de las contribuciones de dicha provincia; hacer la misma operación respecto de las de Mazanderan y Asterabad, y averiguar dónde se criaba la caña de azúcar. Las instrucciones contenidas en el plan eran tan detalladas que hasta se menciona-

ban en él tres bodegas que se debían establecer en el pueblo de Piribazar cerca de Rescht.

Pedro tenía por muy probable que los turcos intentarían apoderarse de las provincias situadas al Sur del mar Caspio y opinaba que no se les debía consentir bajo ningún pretexto.

El coronel Schipoff, que había llegado por mar directamente desde Astrakan, en el otoño de 1722, con una fuerte división, ocupó sin dificultad á Rescht en el mes de noviembre; pero el recibimiento que allí se hizo á los rusos no fué nada benévolo. Paulatinamente los persas, que en un principio no hicieron resistencia alguna, fueron concentrando cada vez más tropas en las inmediaciones de Rescht. Schipoff tuvo que pensar en su seguridad: le manifestaron que no necesitaban del auxilio de los rusos y que podía retirarse con sus tropas. Siguiéron las negociaciones por espacio de una semana, pero los rusos no se retiraron. Hubo una escaramuza durante la cual un pequeño ejército ruso logró afortunadamente poner en precipitada fuga á los persas, que eran en mayor número.

En Persia se verificó entre tanto un cambio en el trono. Al Schah Hussein sucedió el Schah Mahmud, quien procuró llevar á cabo una alianza con la Puerta. Esta complicación podía tener muy peligrosas consecuencias para Rusia, á cuyo ejemplo era probable que intentase también Turquía aprovecharse de la anarquía reinante en Persia para hacer conquistas en aquel país; pero el Czar se había anticipado á la Puerta y sus tropas se apoderaron de Ghilan. En el verano de 1723 el general Matyuschkin logró posesionarse de Baku. La cuestión era si Turquía haría ó no reclamaciones.

Los embajadores rusos en Constantinopla se hallaban entre tanto en una situación muy crítica. En los últimos años de la guerra del Norte los enviados de Inglaterra no dedicaron su atención á excitar á la Puerta contra Rusia: solo trataron de las relaciones que Rusia sostenía con los cristianos de los Balkanes, en particular con los griegos. Pero el embajador imperial, igualmente que el de Francia, censuraron en todos los tonos á Rusia á la faz de Turquía. En cambio los rusos trataron de sacar el mejor partido valiéndose de ricos presentes que enviaron á los dignatarios turcos; y á pesar de todas las dificultades, el diplomático ruso Daschkoff logró convertir el tratado de Andrinópolis del año 1713 en un tratado de paz «perpetua» celebrado en 5 de noviembre de 1720.

Poco después estalló la guerra con Persia. A la vez que los cristianos del Cáucaso y los armenios imploraron el auxilio del Czar, los lesgos y otros prosélitos del islamismo se dirigieron al Sultan rogándole se dignase admitirlos en calidad de súbditos; era por lo tanto muy fácil que estallara una lucha entre Rusia y la Puerta á causa de los asuntos de Persia.

El embajador francés en Constantinopla aconsejó al diplomático ruso Nepluyeff, que hiciera que los rusos se mantuviesen apartados en lo posible de la frontera turca, y no intentaran hacer conquistas en la Armenia ó en Grusia. Inmediatamente llegó un emisario del Schah en demanda de auxilio contra los rusos. Los embajadores de Inglaterra, Venecia y Austria previnieron luego al Sultan contra los inconvenientes de la creciente preponderancia de Pedro; dijéronle que podría fácilmente suceder que Armenia y Grusia pasasen á poder de los rusos; que en tal caso peligraba Trebisonda y por tanto que podía amenazar al imperio turco una crisis fatal. De todas partes se elevaban quejas contra Pedro por sus proyectos de conquista. La Puerta no quería la guerra, á pesar de lo cual Nepluyeff tuvo que oír serias reconvencciones del Visir, á saber: que Rusia, persiguiendo á sus enemigos, había penetrado en ciertos territorios que dependían

de la Puerta; que esto equivalía á un rompimiento de la paz; que hacia cuarenta años que reinaba Pedro, y sus guerras contaban igual fecha; que solo trataba de conservar la paz por corto tiempo; que envidiaba y escatimaba el reposo de sus amigos, etc.

Nepluyeff supo que la Puerta hacia todo género de preparativos para una expedición militar que había de dirigirse á Azof y Erzerum, y poco después el embajador ruso fué detenido y reducido á prisión. Las correrías por parte de los tártaros no cesaban; el pueblo deseaba la guerra con Rusia. Nepluyeff escribió diciendo, que se hablaba de una próxima alianza ofensiva entre el Sultan y el Khan de Shiva. Ragoza, que tanto interés tenía en la conservación de la paz, trabajaba desesperadamente en la redacción de un proyecto cuyo objeto era facilitar la partición del Cáucaso entre la Puerta y Rusia; pero la permanencia de las tropas rusas en Derbent era para los turcos un dardo clavado en sus ojos; así es que enviaron dinero con la mayor reserva á los príncipes del Cáucaso y les ofrecieron tropas para arrojar de allí á los rusos.

Por fin, declaró el Visir que deseaba que los rusos se retirasen, y terminó su conversación con Nepluyeff de la siguiente manera: «Cada uno por su parte desea hacer conquistas, pero el equilibrio no lo consiente; nosotros, por ejemplo, enviáramos de buena gana nuestro ejército contra Italia y contra otros pequeños príncipes, pero los demás Estados no lo permitirían; del mismo modo debemos proceder respecto de la Persia.»

El embajador inglés advirtió una vez más respecto de Rusia, que Pedro trataba de enviar un grande ejército al Daguestan; que proyectaba apoderarse de todo el territorio hasta el Mar Negro; pero que era fácil hacerle la guerra, toda vez que no contaba con un solo aliado en Europa, sino por el contrario, todos le eran hostiles. De Bonac expuso de la manera más formal á Nepluyeff, que la continuación de la guerra con Persia traería indefectiblemente en pos de sí la guerra con la Puerta.

Pedro había tomado una resolución irrevocable: si era necesario no quería rehuir una guerra con la Puerta por causa del Mar Caspio; pero por el momento no pensaba llegar á tal extremo.

Un arreglo puso fin á los asuntos de Persia: el nuevo soberano envió un embajador á San Petersburgo, donde se firmó la paz el 12 de setiembre de 1723. Persia cedió á Rusia Derbent, Baku, Ghilan, Mazanderan y Asterabad. Al mismo tiempo el Czar dió importantes instrucciones acerca de la construcción de fuertes en los territorios nuevamente adquiridos. Deseaba también muestras de sus productos, pues excitaban su interés el azúcar, el cobre, la nafta y los limones; y preguntaba si el Kura era navegable y qué distancia había desde allí á Armenia, etc.

En cambio de la satisfacción que recibió Pedro por estas nuevas adquisiciones, los turcos supieron con sorpresa y con furia, que se había firmado el tratado de paz mencionado entre Persia y Rusia. Estaban decididos á protestar y declarar la guerra; pero el embajador de Francia medió para la conservación de la paz, y después de indecibles y penosos esfuerzos diplomáticos, se firmó el 12 de junio de 1724 un tratado de demarcación de límites entre Rusia y Turquía en lo referente al Cáucaso y á Persia.

Cuando el brigadier Rumianzoff fué á Constantinopla para la ratificación del tratado, le escribió Pedro lo siguiente: «Han llegado aquí armenios suplicando los tomemos bajo nuestra protección, y les hemos permitido que se establezcan en nuestras nuevas provincias del Caspio. Si los turcos llegan á hablar de este asunto, decíles que nosotros no

hemos llamado á los armenios, sino que ellos, como correligionarios, han pedido nuestra protección, y que nosotros, á fuer de cristianos, no hemos podido negársela.»

La protección que se había de conceder á los armenios ocupó aun al Czar en las últimas semanas de su vida; é igualmente reclamaron su atención hasta el fin de ella las relaciones de Grusia. Pedro había «fijado su planta de un modo permanente» en las playas occidental y meridional del Mar Caspio; en cuyo punto estaba el polo opuesto á las adquisiciones en el Newa y el Báltico; podía mirar la guerra persa como el principio de ulteriores conquistas en el S. E., y creía haber abierto nuevas vías al comercio y fomentado esencialmente los intereses de su imperio.

Pero el resultado obtenido en Persia fué efímero así como fueron duraderas las conquistas hechas en el Oeste; pues Rusia no pudo dominar en las nuevas provincias del Caspio sino un corto número de años. Sobre todo el mortífero clima de aquellos territorios obligó á los gobiernos que se sucedieron á renunciar á tales conquistas; por cuya razón los vastos planes de Pedro debían quedar sin resultado alguno.

No obstante, la dirección de la política asiática de Rusia en estos sucesos y en su progreso hácia el Sudeste, fué trazada con mucha valentía y con la misma ha continuado hasta nuestros días. Ninguno de los antecesores de Pedro concibió con tanta claridad y energía los fines á que había que aspirar en dicha dirección; y aun en nuestro tiempo la relación de Rusia con los cristianos de Oriente, por ejemplo, con los armenios, ó la necesidad de castigar á los pueblos merodeadores asiáticos, que perjudican los intereses de Rusia, está á la orden del día en la cuestión de Oriente, en el mas amplio sentido.

Asimismo el éxito obtenido por Rusia en el Sudeste en los últimos años del reinado de Pedro fué de gran importancia. Entre tanto, corrieron rumores en Polonia de la derrota de los rusos. En Suecia corrió la voz de que la tercera parte del ejército y 50,000 caballos habían perecido; en Viena había muchos políticos que se ocupaban en seguir sobre el mapa la campaña de Pedro en Persia. Créase que éste, una vez ocupadas las plazas del mar Caspio, continuaría indefectiblemente con dirección á la India, y no descansaría hasta llegar al golfo Pérsico.

Sobre la influencia de estos sucesos escribió Kurakin á Pedro desde el Haya, en noviembre de 1723; y en su estilo campanudo y lleno de voces extranjeras le decía lo siguiente: «No puedo pasar por alto el hacer mención de las muchas conversaciones que aquí se oyen sobre la gloria personal de V. M. imperial, porque esta guerra con Persia, en poco tiempo, ha obtenido tan gran resultado, y se ha divulgado tanto, que á todo el mundo ha dejado atónito; mucho más porque la guerra ha comenzado y proseguido en tan favorable situación de los asuntos de Europa, que nadie puede poner obstáculos á su marcha. La gloria del nombre de V. M. se ha elevado al mas alto grado, y de tal modo, que ningún monarca ha sido tan glorioso por espacio de muchos siglos: es cierto que la envidia contra una potencia, que tan importantes adquisiciones ha hecho, es grande y el creciente poderío de V. M. hace que vaya en aumento; pero ¿qué pueden hacer los demás, sino tener paciencia? Todas las naciones que se hallan en actitud desfavorable y hostil ante el gran poderío de V. M. se alegran de que V. M. se ocupe en la guerra persa, y desean que la lucha dure muchos años para poder estar seguras por este lado.»

Así, pues, la conducta y las acciones de Pedro habían llegado á ser el objeto de la mas viva atención en el Occidente.